

daderamente magnífico y singular! ¡Triunfo digno de mayor encarecimiento y elocuencia que la mía, ya por los honores con que María es trasladada al cielo, ya por la doble bienaventuranza que allí goza, ya por la corona, puesto, autoridad y dominio que recibe!

22. Mas ¿cuál es la extension de su autoridad, y qué uso va ella á hacer de su dominio? ¡Ah! Aquí sí que querría yo, hermanos míos, los afectos y la lengua de san Bernardo para excitar en vosotros una tierna devoción hácia María, un vivo celo de su gloria y una firmísima confianza en su favor. Su grandeza en el cielo es, como la de Ester en Asiria, un oportuno socorro del angustiado Israel. Su dominio no es de temible soberana ó de severa madrastra; sino de poderosa abogada, de mediadora compasiva, de amorosísima Madre, la cual no usa de su poder mas que para endulzar el enojo del Juez contra los culpables, del Príncipe contra los vasallos, del Padre contra los hijos, y apartar de ellos los merecidos castigos. Ella es aliento de los justos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos. Es guía en las dudas, descanso en los trabajos, alivio en las necesidades y seguridad en los peligros. Ella obtiene misericordia, alcanza gracia, sube á la gloria y dispone libremente de todos los tesoros de la divina bondad. Abrid, pues, estos tesoros, ó Virgen benignísima, y derramad á manos llenas sus preciosas riquezas. Desde la altura de vuestro solio bien descubrid cuán dignos y capaces son de ellas por la piedad de sus afectos y candor de sus costumbres estas nobilísimas y devotísimas vírgenes que, ganosas de conseguirlas, y celebrando con sagrada y festiva pompa la victoria que reportásteis y la inmensa gloria que os inunda, imitan á los Ángeles con aplaudir todos los años vuestro augusto triunfo. Ningun caso hacen del esplendor de su nacimiento y pompas domésticas, ni de la suavidad de los placeres mundanos que han noblemente sacrificado á la humildad y á la cruz de vuestro Hijo de quien son esposas; sino que únicamente se precian de merecer su amor con el ejercicio de las virtudes y promover vuestro culto con el ejemplo de su devoción. Descienda, pues, sobre este claustro, célebre no menos por la antigüedad de su origen que por la amplitud de sus privilegios, vuestra maternal y poderosa bendición; pero descienda tan copiosa que, despues de haber colmado de gracia sus religiosas moradoras, redunde de allí, cual río que lleva á lo léjos su benéfica avenida sobre este devoto auditorio y sobre mí mismo, indigno panegirista de vuestra grandeza; y en todos permanezca perpétuamente. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 48, 49).

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Omnipotente ha obrado en mí cosas grandes.

1. Esta prediccion viene cumpliéndose del modo mas admirable al través de las edades... No hay siglo... No hay pueblo, ni nacion... ¿Y podria la católica Iberia..., ser menos pródiga en...? ¿Podria dispensarse de...
2. Semejante pensamiento..., queda desvanecido con solo fijar la vista en...
3. No vengo yo á recordarlas... Dia vendrá en que otra voz mas sonora... Me ceñiré á hablaros de la presente festividad.
4. Los santos Padres llaman á esta festividad complemento de las grandezas de María. En efecto, si grande fue en..., en..., mucho mas grande se ofrece á nuestra vista en... ¡Qué espectáculo tan sublime!
5. Su descripcion por san Juan Damasceno: Hoy, dice, es el dia feliz...
6. Es el dia de su mayor grandeza, porque en él alcanza el triunfo que corona todos sus triunfos...
7. Pensamiento del grande san Bernardo. Este es el que voy á desarrollar...

Reflexion única: Ninguna criatura subió á un grado de elevacion semejante á la de la Reina de los cielos, y ninguna la iguala en el influjo benéfico que ejerce en favor de los mortales.

8. Debiendo la recompensa igualar al mérito, y la gloria ser proporcionada á la virtud, ved á qué gloria es hoy elevada la que... María es Madre, Hija, Esposa de Dios...
9. ¡Qué espectáculo ofrece el cielo! Allí veo con el Apóstol de

Patmos... Allí los santos Patriarcas... Allí los Apóstoles, los... ¡Ah! mi vista se oscurece... Pues, si ni el ojo vió, ni..., ¿podrémos acaso concebir...?

10. María participa de la grandeza del Padre..., de la excelencia del Hijo..., de los dones del Espíritu Santo... Es, segun san Hesiquio, *totius Trinitatis complementum*. ¿Cuál, pues, debia ser la morada preparada para...? Los Ángeles, los Arcángeles...

11. María es en la mente de Dios *primogenita ante omnem creaturam*.—*Astitit Regina*, etc. *Adducentur Regi*, etc.

12. Añadamos á esto lo que dicen el Nazianceno y san Ambrosio: *Prima Trinitas Virgo est; secunda Virgo Maria est*... Solo un Dios podia ser hijo de Dios é hijo de María... Toda criatura, dice san Pedro Damiano, calla y...

13. De ahí se desprende que el triunfo de María en su Asuncion fue el mayor despues del de su Hijo en su Ascension...

14. Regístrense, en efecto, los fastos... Remóntese hasta las primeras edades..., y véase si puede hallarse cosa comparable con...

15. Solemne traslacion del arca de la alianza desde la casa de Obededon á Sion... ¡Qué perspectiva tan brillante! Á su vista yo no puedo menos de...

16. Brillantísimo triunfo y ovacion de Judit en Betulia despues de la muerte de Holofernes...

17. Nada de esto, ni el triunfo de David..., ni..., ni... nada puede entrar en comparacion con...

18. San Pedro Damiano es de parecer, y con él todos los santos Padres, que la entrada de María en los cielos fue mas solemne que la de su mismo Hijo...

19. Afectuoso y solemne recibimiento que dispensa Jesús á su Madre en el empero: Levántate, apresúrate, amiga mia,...

20. Descripcion de la entrada de María en la gloria... Mas, ¿habrás de dejar, ó amabilísima Madre, esta tu tímida grey, sola y...?

21. Nada temais, católicos,... María no olvidará jamás el encargo que le hizo su Hijo de tomarnos por hijos... Palabras de un célebre escritor contemporáneo: ¿Para qué fin os parece...?—Quién, pues, se atreveria á desconfiar...?

22. No, jamás podrémos persuadirnos de que vuestra Asuncion, ó Virgen santa, pueda ser un motivo de... Ella es, por el contrario, el mas seguro apoyo de nuestras esperanzas, pues... Nos regocijamos, como es justo, de vuestra grandeza... Continudad desde el radiante solio que ocupais... Enardeced nuestra fe, alentad...

SERMON II

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Beatam me dicent omnes generationes, quia fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 48, 49).

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Omnipotente ha obrado en mí cosas grandes.

1. Diez y ocho siglos y algo mas han transcurrido ya, desde que sobre la cumbre de una de las montañas de Judea, una humilde Virgen, oriunda de la real estirpe de David, pronunció estas misteriosas palabras: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Señor y Dios omnipotente ha obrado en mí cosas grandes.» (Luc. 1, 48). Esta prediccion maravillosa viene cumpliéndose del modo mas admirable al través de las edades. No hay siglo en que no se hayan dicho las cosas mas sublimes á la par que magníficas de esa ciudad santa del Dios vivo. Ni pueblo, ni nacion, ni ciudad ni aldea alguna ha dejado jamás de celebrar la gloria incomprendible de esta excelsa Hija del Altísimo. Templos soberbios levantados en su honor, altares grandiosos erigidos á su memoria, preciosas estatuas consagradas á transmitir el recuerdo de sus virtudes: hé aquí otras tantas voces, si bien mudas, harto perceptibles, que desde el oriente del sol hasta su ocaso hacen resonar las grandezas de María. ¿Y podria la católica Iberia, la porcion escogida de la Madre de Dios, el pueblo de su predileccion y cuyas puertas mucho mejor que las puertas de Sion y los tabernáculos de Jacob distinguió siempre María con un amor especial, con una proteccion sin segunda; podria, digo, España ser menos pródiga en tributar sus obsequios á su protectora benéfica? ¿Podria dispensarse de mezclar sus acentos con los de todo el orbe católico para cantar en este dia las grandezas con que el Omnipotente ensalzara á la produccion mas noble y agraciada que salió de sus manos eternas?

2. Semejante pensamiento, que haria recaer la nota de negra

ingratitude sobre el pueblo mas católico del universo, y que jamás cedió á ninguno en su celo ardoroso por las glorias de la incomparable Virgen María, queda enteramente desvanecido con solo fijar la vista en el espectáculo que ofrece hoy este apostólico templo dedicado á su nombre, y depositario de un tesoro al que se hallan vinculados los mas gloriosos recuerdos, junto con el timbre que inmortaliza las glorias del catolicismo español.

3. No juzgueis, empero, hermanos míos, que hoy vengo á recordarlas. No es este el momento oportuno para hacerlo; ni mi lengua... ¡Ah! día vendrá en que otra voz mas sonora, otro ingenio mas sublime llenará á satisfacción tus justos deseos. Entre tanto, séame permitido entrar en el espíritu de la Iglesia nuestra madre, y ceñirme á hablaros de la presente festividad.

4. Con razon los Padres de la Iglesia la han llamado el complemento de las grandezas de María. Si grande se ostentó esta criatura en su dichoso nacimiento, cuando, saliendo á la luz de este mundo cual astro radiante, anunció al universo dias de júbilo, de prez y de holgura verdadera, en sustitucion de aquellos dias de luto, de llanto y de amargura que acongojaban á toda la raza proscrita de Adán; si admirable apareció en su Anunciacion, cuando el genio celeste Gabriel, fortaleza de Dios, como embajador del Omnipotente la saludó llena de gracia y Madre del Unigénito; si única y sin segunda se presentó cuando en los dias de su mortal existencia, un Dios obedecia sus órdenes, ejecutaba sus preceptos, dulcificaba sus disgustos, enjugaba sus lágrimas y la hacia el objeto de su amor; mucho mas grande, incomparablemente mas excelsa, de todo punto mas admirable se ofrece á nuestra vista en el misterio de su gloriosa Asuncion á los cielos. ¡Qué escena tan bella! ¡qué espectáculo tan sublime!

5. Oid como le describe el elocuentísimo Damasceno: «Hoy (dice este enamorado de María), hoy es el dia feliz y venturoso en el cual el arca sagrada y animada del Dios vivo, que concibió en su seno purísimo al Criador del universo, descansa pacífica en el templo del Señor, en aquel templo glorioso, la Jerusalem celeste que manos humanas no fabricaran. David su padre rebose de alegría; y á las voces de este anciano Rey y Profeta unen sus acentos los Ángeles, la encomian y celebran los Arcángeles, la glorifican las Virtudes, alégranse los Principados, las Potestades se llenan de júbilo, regocíjense las Dominaciones, la festejan los Tronos, los Querubines la aplauden, celebran su glorias los Sera-

«fines. Hoy el Eden delicioso recibe en su seno aquel paraíso animado del nuevo Adán, en el cual ha sido rasgada la sentencia de condenacion, plantado el árbol de la vida, y cubierta nuestra ignominiosa desnudez. Hoy esa Virgen inmaculada, cuyo pecho purísimo jamás fue empañado con el mas leve hálito de terrenales afecciones, y que siempre estuvo ocupado y poseído de pensamientos celestiales, no vuelve al seno de la tierra de donde tomara su origen como los demás hijos de Adán; sino que siendo un cielo animado fue colocada en los tabernáculos eternos. Si como hija de Adán fue comprendida María en el antiguo decreto que fulminara contra todos sentencia de muerte, como Madre del Dios vivo hoy es dignamente recibida en las moradas eternas.» Hasta aquí el santo Doctor. (*Orat. 2 de dormit. B. M.*).

6. ¿Y quién podrá dudar que este es el dia de la mayor grandeza de María, pues que es el triunfo que coronó todos los triunfos, las victorias todas que esta obra del Excelso reportara contra el dragon homicida cuya altivez vino á hollar y holló efectivamente rompiendo las férreas cadenas con que este tenia aherrojada á toda la estirpe de Adán?

7. ¡Triunfo admirable! ¡triunfo sin igual es por cierto el que corona la vida prodigiosa de María; admirable en sí mismo, sin igual con respecto á los hombres! porque si jamás la gloria de una criatura subió á un grado de elevacion semejante á la que disfruta en el empíreo la que ha sido constituida Reina de aquella mansion celeste, tampoco ninguna pudo comparársele en el influjo benéfico que ella ejerce en favor de los mortales. Hé aquí el pensamiento del grande san Bernardo que voy á desarrollar en este dia, y que formará el asunto del presente discurso: *Ave María.*

Reflexion única: Ninguna criatura subió á un grado de elevacion semejante á la de la Reina de los cielos, y ninguna la iguala en el influjo benéfico que ejerce en favor de los mortales.

8. Si la recompensa debe igualar al mérito, y la gloria debe ser proporcionada á la virtud, siendo el mérito y la virtud de la incomparable Virgen María superior á cuanto puede imaginarse en una pura criatura, comprended si os es dado cuál será la gloria á que hoy es elevada la que, si bien no está á la altura de Dios, es no obstante superior á todo lo que no es el mismo Dios; porque María es la Madre, la Hija, la Esposa de Dios; Hija del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo.

9. ¡Puertas del empíreo! franqueadme por un momento las grandezas de esa celestial Sion. ¡Qué espectáculo tan sorprendente! Allí veo con el Apóstol de Patmos millares de millares de espíritus bienaventurados, de celestiales inteligencias, que, postrados ante el trono del Cordero, repiten sin cesar el cántico de alabanzas y el inefable *Alleluia*, al que es, al que era y al que ha de ser por toda la eternidad. Allí los santos Patriarcas del Antiguo Testamento, los Profetas y los demás justos reciben de mano del Primogénito de los predestinados recompensas que exceden á cuanto puede imaginarse: allí los Apóstoles, los Mártires, los Confesores y las Vírgenes visten estolas de diversos colores; ora púrpúreas, símbolo de la sangre con que regaron el mundo en testimonio de su fe; ora candidas, expresion de la inocencia con que adornaron sus almas. ¡Ah! mi vista se oscurece y no puede sufrir los resplandores de tanta gloria... Pues, si ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano ha podido jamás comprender lo que Dios tiene reservado al menor de sus elegidos, ¿podrémos acaso concebir, mucho menos explicar, lo que habia preparado para la mas perfecta Virgen?

10. María, en virtud de su divina maternidad, participa de un modo prodigioso de la grandeza del Padre celestial que es el origen de toda la divinidad; de la excelencia del Hijo que es la fuente de toda santidad; de los dones del Espíritu Santo que es el centro del amor; ella es, segun san Hesiquio, el complemento de la obra de toda la beatísima Trinidad: *Totius Trinitatis complementum*. ¿Cuál, pues, debia ser la morada preparada para recibir esta criatura que ni tuvo semejante, ni pudo tener otro á quien parecerse sino á Dios? Los Ángeles, los Arcángeles, los Querubines y Serafines, las Potestades, las Dominaciones, las Virtudes de los cielos; no la miran, reverencian y acatan como la primogénita que salió de la boca del Altísimo; como la ordenada desde la eternidad; como la que hizo nacer sobre la tierra oriundo del cielo el astro brillante é inextinguible de justicia; como la misteriosa niebla que cubrió toda carne con su benéfico influjo; como la que desde el principio de los tiempos tenia ya dispuesta su habitacion en lo mas excelso de los cielos, y su trono en una columna de nubes; como la que ora girando en derredor del empíreo, ora penetrando en lo profundo del abismo, asistia con el Eterno á la creacion de los tiempos; porque mucho antes que estos comenzasen ya habia sido concebida en su mente y destinada á ser la primogénita de todas las criaturas?

11. ¿Quién sino esa Virgen singular, esa Virgen única, esa Virgen Madre fue el objeto de los pensamientos eternos, y llamó la atencion del tres veces santo antes que su fecundísimo entendimiento produjese cosa alguna en el órden natural? Cuando todo yacia confundido en el informe caos; cuando ni los abismos existian, ni habíanse visto brotar del seno de la tierra las fuentes de las aguas; cuando ni las encumbradas montañas asomaban sus cimas por sobre las aguas del mar, ni habian aparecido los collados, ni los rios, ni los cuatro ángulos del orbe, ¿no era ya María la produccion mayor que meditaba realizar en tiempo el Dios de la eternidad? Lo era en efecto, amados oyentes, y como tal, la Reina de los Ángeles y de los hombres, la Emperatriz de todo lo criado. ¡Señor! Yo veo al través de la oscuridad de los siglos y al lado del trono que ocupas en el seno de la eternidad, una Reina adornada de una túnica de oro, en la que brilla una variedad maravillosa: toda la gloria de la hija del Rey viene de su corazón, sus vestidos resplandecen de oro y de bordados: todas las vírgenes vendrán en pos de ella: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato... adducetur Regi virgines post eam*. (Psalm. XLIV).

12. Añadamos á esta grandeza de María una profunda reflexion de un escritor moderno, que hace subir de todo punto su mérito extraordinario, al paso que nos facilita motivos para juzgar cuán incomprendible debió ser la gloria que la fue comunicada en el día de su dichoso tránsito. En efecto; «si la Trinidad sacrosanta «es la primera virgen, María es la segunda;» lo primero lo dice el Nazianceno, lo segundo lo afirma san Ambrosio: *Prima Trinitas Virgo est; secunda Virgo Maria est*. «Si Dios habia de nacer, debia ser «de la virginidad; y si la virginidad habia de producir, no habia «de ser mas que á un Dios. Un Dios produjo el Padre, un Dios «produjo María; porque solo un Dios podia ser el término de ambas generaciones.» ¿Quién podrá comprender lo inefable de este misterio? ¿Quién concebir la gloria que de él resulta á la incomparable Madre del Verbo? ¿Quién expresar su grandeza? ¿Quién... *Generationem ejus quis enarrabit?* ¡Ah! ahora sí que dejo de maravillarme á vista de lo que de este misterio dijo el Padre san Pedro Damiano: «Toda criatura calla y tiembla, y apenas se atreve á con- «templar la inmensidad de tan grande gloria¹.»

13. Sentados estos antecedentes, dejemos ya de divagar por el vasto campo de las conjeturas, y no temamos afirmar que el triun-

¹ Genoude, Expos. del Dogm. católico, c. 8.

fo de María en su Asuncion gloriosa, debiendo ser proporcionado á su grandeza inmensa, fue el mayor que jamás presenciaron los cielos desde el momento en que sus puertas se abrieron para recibir en él al primogénito de los muertos Jesucristo, que fue el primero que, rompiendo sus cerrojos de hierro, penetró en aquella celestial Sion.

14. Regístrense en efecto los fastos de la historia antigua y moderna; ábrase aquel gran libro donde se hallan consignados con los caracteres de la autenticidad mas luminosa desde el principio de los tiempos los acontecimientos mas sorprendentes y los mas solemnes y pomposos triunfos. Remóntese hasta las primeras edades de la creacion, y discurriendo de allí hasta nuestros días, véase si es posible hallar cosa que pueda parangonarse con el triunfo de esta bella criatura, coronada hoy como Reina del empíreo, como Emperatriz soberana del orbe.

15. Yo me transporto en espíritu á la ciudad de David, y no puedo menos de admirar la pompa y magnificencia con que es conducida el arca santa desde la casa de Obeldon hasta el alcazár de Sion, donde este santo Rey habia preparado ya un pabellon magnífico. Todo es grande, todo es imponente en aquella augusta ceremonia. El innumerable pueblo de Israel congregado á solemnizar esta traslacion; la armonía melodiosa de los instrumentos músicos; el eco de los cánticos sagrados que hienden el viento y resuenan por todo aquel contorno; las voces de júbilo y alegría que se confunden en los aires y llegan hasta el cielo; millares de millares de víctimas sacrificadas de seis en seis pasos en el dilatado espacio que recorre ésta procesion solemne; el arca santa conducida sobre los hombros de los levitas adornados de vestiduras preciosas; un Rey, en fin, que vestido de un efod de lino se confunde con la multitud, y como fuera de sí en fuerza de la alegría que inunda su corazon, salta con todas sus fuerzas, y mezcla sus acentos con los de aquel pueblo... ¡Ah! ¡qué perspectiva tan brillante! Á su vista yo no puedo menos de exclamar con el adivino del Eufrates: ¡cuán bellos son tus tabernáculos, ó Jacob! ¡cuán hermosas son tus tiendas, ó Israel!

16. De aquí me traslado á la ciudad de Betulia, y allí presencio la escena mas tierna y el mas imponente espectáculo. Hallábase asediada la ciudad por el impío Holofernes, general en jefe de los ejércitos de Nabuco rey de los asirios, el cual, vencedor ya de los medos, habia jurado subyugar toda la tierra bajo la dominacion de

su imperio. Cual rayo exterminador atraviesa todas las provincias, tala los campos, destruye las ciudades, esclaviza los pueblos, y por doquiera que pone el pié solo deja vestigios de su inhumanidad; lágrimas, sangre, exterminio, tales son sus trofeos. Aterrados los hijos de Israel, y desfallecidos por la falta de víveres, habian ya dispuesto entregar la ciudad al enemigo, cuando hé aquí que una mujer llamada Judit, inflamada de un ardoroso celo por la gloria de su Dios y el honor de su patria, propónese vengar tamaña injuria. Sale de la ciudad, y hallando el medio de introducirse en el pabellon del feroz general, se insinúa en su corazon, y aprovechándose de una ocasion oportuna, con el alfanje mismo que pende de la cabecera do yace este mónstruo de crueldad, corta de un golpe su cabeza, vuelve con ella á la ciudad, y plantándola sobre la muralla en el pico de una lanza, hace huir ignominiosamente el ejército de los asirios. Persíguenle los hijos de Israel, destrozan sus hordas, y cargados de riquísimos despojos, entran triunfantes en la ciudad. ¿Y á quién es debida una victoria tan prodigiosa al par que inesperada? ¡Ah! *Una mulier fecit confusionem magnam hanc.* Una mujer es la que ha vengado el honor de su patria; una mujer es la que ha despedazado las cadenas que se forjaban para sus míseros compatriotas. Justo es, pues, que estos, poseidos del mas vivo entusiasmo, la decreten el triunfo mas brillante. Viérais, en efecto, todo aquel numeroso pueblo rodear á aquella impertérrita mujer, y ofrecerla los mas justos homenajes de gratitud, de loor, de alabanza y de amor. Toda edad, todo sexo, toda condicion la bendice y alaba; coros de vírgenes preciosísimas entonan los mas dulces y melodiosos cánticos. Lágrimas puras de gozo y alegría inundan las mejillas de aquellos buenos israelitas. El sumo sacerdote viene desde Jerusalem para disfrutar de la satisfaccion de verla, y añadir un nuevo lustre al triunfo de esta mujer incomparable. Tres meses no interrumpidos de continuo regocijo parécete poco para ensalzar y celebrar las glorias de su insigne libertadora. Aquí, católicos, no me es posible contener el gozo que mi corazon experimenta; permitidme por tanto, que uniendo mi voz á la de aquel anciano pontífice, exclame yo tambien: Tú eres la gloria de Jerusalem, tú eres la alegría de Israel, tú eres el honor de nuestro pueblo. (*Judith, xv.*)

17. Pero ¿á dónde voy, católicos? yo absorberia todo el tiempo que me es concedido para hablaros en este día, y no haria sino presentar á vuestra vista bosquejos imperfectos, imágenes oscuras del triunfo de María en el día de su Asuncion dichosa; puesto

que ni la magnificencia de la traslacion triunfante del arca santa, ni el triunfo de la impertérrita Judit, ni el de David vencedor del enorme gigante y de los incircuncisos filisteos, ni el esplendor y pompa del templo de Salomon en los dias de su dedicacion solemne, ni el de Elías arrebatado al cielo en una carroza de fuego... nada de esto es digno de entrar en comparacion con el triunfo de María. Todo es oscuridad, todo tinieblas, todo nada á vista del espectáculo sublime y encantador que hoy presenta á nuestra vista esa Arca verdadera é incorruptible del Dios vivo, esa Judit fuerte de quien no fue sino figura la antigua israelita, esa Hija de David, ese templo vivo de la Divinidad misma. Diré mas: ni el triunfo del Salvador en el dia de su ascension gloriosa á los cielos igualó á la solemnidad y magnificencia del triunfo de esta incomparable criatura.

18. Tal vez al oír esta expresion, no habrá faltado en mi auditorio algun censor ridículo que la haya calificado prematuramente de exagerada é hiperbólica. Ella no obstante está fundada en el concluyentísimo raciocinio de san Pedro Damiano, cuyas palabras hé aquí literalmente extractadas. «Levanta, dice, ó cristiano, tus ojos para contemplar la Asuncion de María á los cielos, y no podrás menos de admirar que el recibimiento que se le hizo en este dia venturoso, fue (salva la majestad de Dios) muy superior en magnificencia al de su Hijo santísimo. Puesto que, si bien este como Redentor del género humano y primogénito de los muertos fue el primero que penetró en el empíreo, solo empero fue recibido en él por los Ángeles, únicos moradores entonces de aquella celestial Sion. No así en la Asuncion de María su dignísima Madre, á quien no solamente los Ángeles, sino una multitud prodigiosa de justos, profetas, reyes y sacerdotes salieron al encuentro en aquel momento tan feliz: y hasta el mismo Jesús, ante cuya presencia todo rinde la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, vino á recibirla rodeado ya de los celestiales resplandores de la inmortalidad, dando á este triunfo nunca visto un realce casi infinito¹.» Tal es el sentir unánime de los Padres de la Iglesia, quienes con el doctísimo Anselmo convienen en que el Redentor del mundo, por un efecto de la predileccion especialísima que te-

¹ Attolle oculos ad Assumptionem Virginis, et salva Filii majestate, invenies occursum hujus pompæ digniorem quam in Christi Ascensione: soli quippe Angeli Redemptori occurrere potuerunt; Matri vero, Filius ipse cum tota curia tam Angelorum quam Sanctorum occurrens, auxit ad beatæ consistorium sessionis. (Serm. de Assumpt.).

nia á su divina Madre, quiso subir al cielo antes que ella, no solo para prepararla en aquella celestial Jerusalem un trono digno de tan singular criatura, sino tambien á fin de poder honrar con su presencia su merecido triunfo¹.

19. Llegado, en efecto, el dichoso instante de la asuncion de María, hé aquí que la voz del Esposo se deja oír de aquella su amada, que, mas bien á impulso del amor divino, que en fuerza de humanal dolencia, yacia postrada, gustando momentáneamente el sueño de la muerte. «Levántate, la dice Jesús, apresúrate, amiga mia, hermosa mia, paloma mia. Deja ya ese valle de lágrimas, abandona esa mansion del dolor. Pasado es ya el aterido invierno; el aquilon furioso no hará mas resonar en tus oídos sus bramidos horribos; llegada es la primavera hermosa; los campos reverdecen; las flores matizan ya los campos. Ven del Líbano, ven, y serás coronada como Reina del universo, Soberana del empíreo y Emperatriz de todo lo criado: *Veni de Libano*. Ven, y serás preconizada Hija predilecta del eterno Padre, que te comunicará su poder; Madre dignísima del eterno Verbo, que te adornará con su sabiduría; Esposa tierna del Espíritu Santo, que te infundirá todo su amor: *Veni de Libano*. Ven á ceñir los laureles de tantas victorias que reportaste contra las potestades del averno; á recibir la recompensa de tan preciosas virtudes con que adornaste tu alma virginal, y á saciarte de aquel torrente de delicias que el Eterno tiene preparadas para indemnizarte de las amargas penas que en la tierra hubo de devorar tu corazón amante: *Veni de Libano*. Ven, y serás colocada en aquel trono que fabricaran las manos del Excelso para sentar sobre él á su Amada, á su Esposa, á su Paloma agraciada.» *Veni de Libano, veni, coronaberis.* (Cant. IV, 8).

20. Á estos acentos del Amado de su corazón, María, abandonando la oscuridad de la tumba, resucita impasible, inmortal, inalterable, resplandeciente de la gloria de su alma y de la gloria divina; y oscureciendo con sus resplandores la brillantez de los astros del firmamento, déjase ver, cual la contemplara el discípulo amado en Patmos, vestida del sol, calzada de la luna, y adornada su cabeza con una diadema de deslumbradoras estrellas. (Apoc. XII, 1). ¡Escena encantadora! ¡espectáculo magnífico! Ya la nu-

¹ Prudentiori consilio illam præcedere volebas, quatenus in regno tuo ei locum preparares, et sic comitatus tota curia tua, festivus ei occurrens, sublimis sicut decebat tuam Matrem ad te exaltares. (De Excel. Virg. cap. 8).

merosa turba de espíritus celestes circunda á la venturosa Virgen; ya esta comienza á elevarse majestuosamente de la tierra, y á perder de vista esta region sublunar; ya traspasa el firmamento, elévase sobre el espacio, y se mira rodeada de la inmensidad. ¡Abríos, pues, puertas de las mansiones eternas! ¡franquead la entrada de esa Jerusalem santa, príncipes de Sion! El Rey de la gloria viene acompañado del arca de su santificacion; María nuestra reina sube; ¡cielos, rasgaos! ¡Nubes, vientos, astros del firmamento, elementos todos, adorad á esa beldad sin par! Así exclaman los emisarios del divino Monarca que preceden este magnífico triunfo: y á su voz, póstranse en la presencia de María las jerarquías celestes; celebran su gloria las criaturas terrestres; brama el averno; confúndense los príncipes del abismo; acordes instrumentos y voces melodiosas cantan con sonoros acentos el advenimiento de su Reina; confúndese en los aires el eco de todas las criaturas; repítenle las bóvedas de aquel sagrado recinto; por doquier no se oye sino la expresion del asombro y de un comun entusiasmo. ¿Quién es esta criatura tan hermosa, tan linda, tan agraciada, tan singular que se ostenta hoy mas radiante que el sol, mas escogida que la luna, y mucho mas formidable que un ejército puesto en orden de batalla? *Quæ est ista que progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (Cant. VI, 9). ¿Quién es esta mujer cual jamás se vió por estas regiones, cuyo resplandor eclipsa la brillantez de los cielos; que apoyada sobre el brazo de su amado, hiende los aires, penetra las nubes, y viniendo del árido desierto de la tierra en donde jamás brotaron sino espinas y abrojos, se ostenta á nuestra vista, tan pura, tan rica de virtudes, tan adornada de gracias, y como una varita de humo que exhala una maravillosa fragancia de los aromas mas exquisitos? *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* (Ibid. VIII, 5). ¿Es por ventura aquella heroína de Betulia, la ilustre hija de Merari, la viuda de Manasés, la vencedora del príncipe de los ejércitos de Asiria, la que salvó á su pueblo en los dias de su mayor amargura? No, ella es María, la ilustre hija de Joaquin y Ana, la esposa de José, la descendiente de la casa y estirpe real de David; aquella mujer prometida en el principio de los tiempos, que habiendo hollado la cabeza del dragon homicida, rompiendo el decreto fulminado contra toda la malhadada posteridad del primer hombre, convirtió en dias de júbilo los dias mas luctuosos y tristes, é hizo suceder la mas completa alegría al mas

amargo llanto. *Quæ est ista...?* ¿Es por ventura aquella famosa Ester que supo neutralizar los maquiavélicos designios de un vasallo orgulloso, libertando á todos sus compatriotas de una muerte cruel é inevitable? No: ella es María, aquella criatura privilegiada, á quien no comprendió la ley de la culpa; la que habiendo concebido y dado á luz en tiempo al Redentor del mundo, quedando mas pura que el sol, despedazó las cadenas, y rompió el yugo ominoso bajo el cual yacian oprimidos los míseros mortales, y salvó las reliquias de la humanidad agonizante. *Quæ est ista?* Es María, la bendita entre todas las mujeres, la llena de gracia, la santa de las santas, la amada de Dios, la inmaculada, la paloma, la mas bella de todas las criaturas. ¡Triunfad, pues! ¡Oh Reina! ¡oh Madre! ¡oh Virgen! ¡Triunfad! Subid al cielo, Sunamitis bella, Ester venturosa, Abigail prudente, valerosa Jael, impertérrita Judit; subid, aurora divina, precursora de la luz inaccesible: subid... Mas, ¿qué digo? ¿Habrás de dejar, Madre amabilísima, esta tu tímida grey, sola, abandonada y expuesta á las incursiones del lobo devorador que rugiendo y circuyendo en nuestro derredor solo intenta nuestra perdicion?

21. Mas no temais, católicos; sublimada hoy María á ser Reina del emperio, no por eso olvidará el encargo especial que en aquel dia de dulces al par que melancólicos recuerdos la hiciera su divino Hijo, cuando, sobre la cima del Gólgota, nos constituyó á todos hijos de su misma Madre en la persona de un joven discípulo. De consiguiente, si como Marta decimos al Salvador: ¡Mándala, Señor, que nos socorra! ella lo hará, y sin cesar intercederá en nuestro favor. «¿Para qué fin, dice un célebre escritor contemporáneo, os parece no la dejó el Señor gustar la corrupcion de su cuerpo, haciendo su sepulcro tan glorioso? Fue sin duda para que manifestase al Hijo por nosotros aquella carne que él tomó, de la misma manera que el Hijo la conserva para manifestarla al Padre. «El Hijo interpone sus llagas; la Madre sus pechos virginales; y ni uno ni otro pueden dejar de ser oídos por su reverencia. La sangre del Cordero de Dios y el néctar dulcísimo de María, hed aquí «la redencion copiosa con que hemos sido rescatados. Cuando nos «faltan del cielo estos preciosísimos tesoros, es cuando los pecadores quedaremos en la tierra sin remedio. Los méritos del Hijo lo «alcanzan todo de su Padre; los méritos de la Madre lo obtienen «todo de su Hijo. No tiene María la omnipotencia del que manda, «pero tiene la omnipotencia que suplica, *omnipotentia supplicat.*

«¡Tierna es, por cierto, y consoladora esta jerarquía de gracia y de misericordia! Junto al templo y altar de Jesucristo se levantan en todas partes templos y altares á María, unos y otros prendas de amor y reconocimiento: todos como manantial perenne de consuelo para todos los males, y asilo en que se dulcifican los infortunios de la tierra. En cuanto el corazón humano se dispone y entrega al amor del Hijo, ya está caminando al de la Madre. Apenas ve á Jesús en el altar, cuando le busca en los brazos de María. Perpetua es en el cielo la misericordia: el cielo es el imperio del Hijo y de la Madre¹.» ¿Quién, pues, se atrevería á desconfiar de aquella cuyo corazón, según la valiente expresión de san Epifanio, es un altar de misericordias, y el propiciatorio universal del mundo?

22. Jamás, Virgen adorable, jamás podremos persuadirnos de que la gloria á que habeis sido sublimada en vuestra Asunción dichosa á los cielos pueda ser un motivo de olvidar á los que en esta región de lágrimas y desconsuelo gimen de continuo, rodeados de peligros, y amenazados por los furiosos embates de pasiones fuertes y alucinadoras. Vuestro triunfo, ó Reina del empíreo, es para nosotros el apoyo más seguro de nuestras esperanzas, pues sabemos que desde allí veláis sin cesar para defendernos y protegernos del enemigo comun. Disfrutad, en buen hora, las magníficas recompensas debidas á los heroicos sacrificios que hicierais durante vuestra vida mortal; ceñid los laureles que os estaban reservados por precio de tantas victorias conseguidas sobre el Leviatan infernal. Nosotros nos regocijamos, como es justo, de vuestra grandeza: tanto más, cuanto que no para Vos sola habeis sido enaltecida sobre todas las jerarquías celestiales, sino para mejor poder patrocinar á los que en la tierra adoptárais como hijos de vuestro amor. Continúad, pues, desde el radiante solio que ocupais, ese destino tan sublime; tened siempre fijas vuestras miradas sobre nosotros; enardeced nuestra fe, alentad nuestra esperanza, inflamad nuestro amor hácia vuestro divino Hijo; para que sirviéndoos á ambos con fidelidad en esta vida, merezcamos ser en la otra glorificados por los siglos de los siglos. Amen.

¹ Genoude, Expos. del Dogm. católico, cap. 8.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Fecit mihi magna qui potens est. (Luc. 1, 49).

El Todopoderoso ha obrado en mí cosas grandes.

1. El hombre, perdida su inocencia, perdió también su verdadera grandeza y su inmortalidad... Pudo, no obstante, aspirar á la gloria, pero supuesta la redención, y no aquí, sino después de la muerte y del tiempo.

2. Ni el mismo Mediador hecho carne fue exceptuado de la ley fulminada contra toda carne... Su Madre, por consiguiente, debió también estar sujeta á ella...

3. María comprendió que sus abatimientos debían ser proporcionados á sus futuras grandezas... Por efecto de esto si bien no puede negar las grandezas que en ella obra el Altísimo, recurre siempre á su propia bajeza: *Respexit humilitatem, etc. Fecit mihi, etc.*

4. Este misterio de ignominia y de gloria va á formar todo el asunto de este discurso...

5. *Invocacion:* ¡Oh santa y gloriosa Madre de...!

Primera reflexion: María ha sido grande durante su vida, por un exceso de humillacion sin ejemplo que ha cubierto como un velo espeso toda su gloria.

6. Dios desprecia los honores, la gloria, la reputacion, etc., y quiso que su Madre viviese condenada al olvido y al oprobio... Sigamos todos los grados de las humillaciones de María. Yo distingo tres principales...

7. 1.º Nada hubo de grande é ilustre en María que no estuviese oculto, mientras vivió, á los ojos de los hombres... Su ilustre nacimiento... Ved su indignancia y la humilde condicion á que se vió reducida.